

## Texto Sagrado

Lectura de la profecía de Zacarías 9, 9-10

Así habla el Señor:

¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de una asna. Él suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será suprimido y proclamará la paz a las naciones. Su dominio se extenderá de un mar hasta el otro, y desde el Río hasta los confines de la tierra.

*Palabra de Dios.*

SALMO Sal 144, 1-2. 8-9. 10-11. 13c-14 (R.: cf. 1)

*R. Bendeciré tu nombre eternamente, Dios mío, el único Rey.*

O bien:

*Aleluia.*

Te alabaré, Dios mío, a ti, el único Rey,  
y bendeciré tu nombre eternamente;  
te bendeciré día tras día  
y alabaré tu nombre sin cesar. R.

El Señor es bondadoso y compasivo,  
lento para el enojo y de gran misericordia;  
el Señor es bueno con todos  
y tiene compasión de todas sus criaturas. R.

Que todas tus obras te den gracias, Señor,  
y que tus fieles te bendigan;  
que anuncien la gloria de tu reino  
y proclamen tu poder. R.

El Señor es fiel en todas sus palabras  
y bondadoso en todas sus acciones.  
El Señor sostiene a los que caen  
y endereza a los que están encorvados. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Roma  
8, 9. 11-13

Hermanos:

Vosotros no estáis animados por la carne sino por el Espíritu, dado que el

Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en vosotros.

Hermanos, nosotros no somos deudores de la carne, para vivir de una manera carnal. Si vivís según la carne, moriréis. Al contrario, si hacéis morir las obras de la carne por medio del Espíritu, entonces viviréis.

*Palabra de Dios.*

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 11, 25-30

En aquel tiempo, Jesús dijo:

«Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido.

Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis afligidos y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontraréis alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana».

*Palabra del Señor.*

**(Leccionario II, Conferencia Episcopal Argentina, Ed. Regina, 1987)**